

RUFO GARCÍA, JUAN (1547 – 1620)

CINCO ROMANCES

ROMANCE PRIMERO

Mueva mi voz sus acentos
haciendo triste sonido
con nueva forma de lloro,
que desvele mi sentido,
pues canto tristes amores
sobre todos los que han sido.

Y tú, ciego dios de amantes,
informa mi rudo estilo,
porque se oyan tus hazañas
desde el Betis hasta el Nilo;
que si me otorgas ahora
este favor que te pido,
será desde hoy más tu nombre
con mayor razón temido,
y este doloroso caso
eternamente plañido.

En una ciudad famosa
que Córdoba es su apellido
edificio de Marcelo,
illustre y esclarecido,
de la cual él se preciaba
más que de su patrio nido,
porque antes que la fundase,
del bello sitio movido
a los Arúspices grandes
grandes cosas había oído.

Vista la disposición
de los celestes caminos,
contemplados los planetas,
y el lugar reconocido,
afirmaron que sería
dotado y ennoblecido
de ingenios y fortaleza
mejorado y preferido.

Lo cual por larga experiencia
manifiesta cosa ha sido,
que no convienen ejemplos
en negocio tan sabido.
En Córdoba, pues, vivía,
y en Córdoba había nacido
un Fernando, Veinticuatro,
decendiente conocido
de los ganadores della
que nunca fueron vencidos.

Era el valor de Fernando
bien conforme a hijo digno
de la generosa sangre
de tan insignes caudillos;
y así privó con el Rey
más por razón que artificio.
Era manso, aunque valiente,
era amado, aunque temido;
sencillo sobre discreto,
muy cortés y bien regido.

Tuvo en la paz y en la guerra
honrosos cargos y oficios;
casó con una señora
que en Sevilla había nacido;
doña Beatriz se llamaba,
no diré de qué apellido,
basta para ver quién era,
ser mujer de tal marido,
que no es bien nombrando un muerto
avergonzar muchos vivos.

Algunos años vivieron
con gusto y placer cumplido
en el recíproco lazo
de amor honesto prendidos;
hasta que la suerte dura
dio lugar a los lascivos,
y la femenil flaqueza
perdió la rienda y estribos,
y rendida abrió la puerta
a dolores más crecidos.

¡Oh, pérfido amor injusto,

fiscal del libre albedrío!
Si diste siempre más pena
por los mayores servicios,
y al que más te adora y ama,
eres desagradecido,
¿cómo está por todo el mundo
tu poder tan estendido?
¿Tu pendón, tan levantado,
de más compañías seguido
que las banderas de Xerxes
cuándo contra Grecia vino?

Di, falso, qué aguas Leteas
das al humano sentido,
que los males que nos haces
ponemos luego en olvido
sin que nos venga experiencia
del tormento recibido,
que el menor mal de tus daños
es cebarse de sí mismo.
Tú abrasaste la gran Troya,
tú diste la muerte a Dido,
Urías por ti fue muerto
sin haberlo merecido.

Y pues tus hechos atroces
proceden en infinito,
baste el ultraje que España
de tus manos ha sentido,
cuando la perdió en mal hora
el sin ventura Rodrigo,
para que el linaje humano
te tenga por enemigo.
Truéquese tu falso nombre
en el contrario sentido;
no te pinten ya desnudo,
sino de engaños vestido.
Ni tampoco niño tierno,
sino viejo carcomido,
ni ciego, pues no has cegado
con cuantos males has visto.

Y aquellos raros Poetas
que de ti tanto han escrito,
yo no sé qué presupuesto
en tal caso hayan tenido,

sino es que la violencia
de tu furor encendido,
tocaba dentro en su alma
con destemplado rüido.
Y así hacen disonancias
sin entender el sonido,
mudan mil veces de tono
contra el orden permitido,
desmintiéndose por horas
en el lenguaje y sentido,
que a veces en un momento
padecen calor y frío.

Ya tiemblan de muy cobardes,
ya se pierden de atrevidos,
de un agravio están quejosos,
y del mismo agradecidos.
Ya mueren, ya resucitan,
¡oh bienes mal expendidos!,
¡oh ingenios mal ocupados,
llorad el tiempo perdido!
¡Cuántos hechos, cuántas famas
se hubieran esclarecido
con el esmalte precioso
que en vano habéis consumido!

Y aún por negligencias tales
toma licencia el olvido,
y escurece la memoria
de sucesos peregrinos,
tales como del que trato,
del cual sin recelo digo
que si mi pluma y cuidado
tienen algo merecido,
y las Musas Castellanas
algún crédito han tenido,
todo el tiempo que durare
la Eneida del gran Virgilio,
y en tanto que el alto Homero
fuere en el mundo leído,
será tu nombre, Fernando,
muchas veces repetido,
pues tanta fama ganaste,
donde tantos lo han perdido.

ROMANCE SEGUNDO

Estando, pues, la fortuna
cansada de haber subido
este noble caballero
al punto que habéis oído,
determiné derribarle
y habiéndolo pretendido
por otros diversos modos,
en este se ha resumido.

Y fue que en Córdoba estaban
dos hermanos del Obispo,
Jorge y Fernando llamados,
comendadores y ricos.
Con Fernando Veinticuatro
tienen deudo, mas fue visto
ser para deudos estraños,
y traidores para amigos.

Mas antes que se entendiese
eran en casa admitidos;
que mal puede prevenirse
el mal que viene vestido
en hábito de virtud,
y a tiempo que no es temido.
Jorge y Beatriz se miraron
con un afecto encendido,
y entrándoles por los ojos
nunca vieron el peligro
hasta que ambos se hallaron
de mortal llaga heridos.

Flechas iguales agudas
dieron causa a sus gemidos,
pasaron sus coraçones,
traspasaron sus sentidos
con la venenosa yerba
del balletero lascivo.
Ya se entienden sin hablarse
los pensamientos al vivo;
él en ella se transforma,
ella en él hace lo mismo;
entre temor y sospecha
anda cada cual metido;

crece el trato, crece el verse,
el orden ya pervertido.

Amor les hace la guerra
que a fuego y sangre ha podido;
póneles terrible cerco
con mortales enemigos:
sospechas, ansias, temores,
y otros dolores esquivos.
De todos cuatro elementos
son con fuerza combatidos:
de una parte el agua y viento
dan lágrimas y suspiros;
por otra la tierra triste
que los tiene divididos,
y el fuego que por esencia
en sus almas se ha encendido.

No faltó allí batería
de espantables basiliscos,
que el deseo y pensamiento
disparan como atrevidos.
Mina el amor sus entrañas
con molestos artificios;
los amantes sin ventura,
viéndose tan oprimidos,
no tratan de la venganza,
sino de darse a partido.
Y para que esto no fuese
honesto ni comedido,
aplicó amor la centella
en el engaño escondido;
la mina voló por alto
con horrísono bramido;
el son sonó por el aire,
vino al suelo el edificio,
el muro de la vergüenza
fue asolado y destruido,
y del adúltero incesto
el casto lecho ofendido.

Cobra fuerzas la licencia,
anda libre el desvarío,
ya el más grave inconveniente
era estímulo más vivo;
la mayor dificultad

les era placer cumplido,
porque triunfan juntamente
del amor y del peligro.

Ésta es la mísera suerte,
éste el estado mezquino,
en que vienen a parar
los que tuercen el camino,
de la amistad verdadera
siguiendo el del apetito.
No alcanza mi entendimiento
cuál de los dos haya sido,
o deba ser más culpado
en la pena y el delito;
que si Beatriz es su esposa,

Jorge también es su primo,
y puesto que no lo fuera,
bastaba el nombre de amigo,
el cual entre honrada gente
por parentesco le estimo,
y como cosa sagrada
no debe ser corrompido.
Iba la maldad creciendo
con el odio a su marido,
cosa cierta en las mujeres
que a tal estado han venido.

¡Oh, martirio de los hombres!
¡Oh, doméstico enemigo,
desventura inevitable,
monstro desagradecido!
¿Quién fue aquel tan riguroso
que nos dejó introducido
un gravamen tan notable
y caso mal difinido,
que el honor de los varones
justamente merecido,
estribe en un fundamento
fácil de ser combatido?

Mas como el daño primero
guiado por mujer vino,
y el valor del primer hombre
se abatió a ser inducido
de la engañada consorte

contra el precepto divino,
quedó el masculino sexo
más sujeto al femenino,
partícipe de su mal,
cómplice de su delito,
como ya mancomunados
en el bien habían sido,
y así conviene que sean
agraviados y ofendidos,
siempre que la mujer yerra,
los que dellas han nacido.

Y más que si esto cesase
sería mayor peligro
el de la disolución
que el del contrapeso esquivo.
Por tanto, préciate, España,
del justo rigor y estilo
con que a todas las naciones
en tal caso has excedido.

Y tú, Fernando, que en esto
bien su hijo has parecido,
pues eres al mundo ejemplo
con tan ejemplar castigo,
eternícese tu nombre
y el de mis versos contigo,
porque si hombres los leyeren
te alaben siempre conmigo,
y si mujeres, aprendan
a temer a sus maridos.

ROMANCE TERCERO

En tanto, pues, que el amor
andaba mejor seguido
de Jorge y Beatriz amantes
para su mal avenidos,
Fernando estaba en Toledo,
más por ausencia afligido
que de celos, ni temor
causado ni perseguido,
que a puertas de su querer

tal indicio no ha venido.

A la corte y al Rey sigue,
no de ambición atraído,
ni por gustar novedades
del cortesano bullicio;
negocios graves trataba
que le habían cometido
su república y ciudad,
de quien era muy querido.

En esta misma sazón
Jorge a la corte se vino,
ora fuese de importancia
la causa que le ha traído,
ora por disimular
emprendiese este camino,
que nunca el que mucho yerra
está seguro consigo,
y la causa aunque secreta
tiene en sí misma el castigo:
es el fiscal la memoria
y la conciencia testigo,
la verdad es el jüez,
verdugo el pecado mismo,

Llegado que fue a Toledo,
visitó luego a su primo;
después besó al Rey las manos,
y en la suya llevó anillo,
que fue indicio manifiesto
del mal que estaba escondido,
dura y final ocasión
de la muerte que les vino;
don que no le fue por cierto
para tal fin concedido,
ni a tan triste ministerio
le pensó ser ofrecido.

Era un hermoso diamante,
bien labrado, grueso y fino,
engastado ricamente
de artífice peregrino,
variado con esmaltes
cual está el prado florido
en la dulce primavera

cuando el celestial rocío
siembra aljófara en las rosas,
y alegra nuestros sentidos.

Ésta fue la última prenda
que recelosa de olvido,
doña Beatriz dio a don Jorge
cuando della partir quiso,
sin tener algún respeto
a que del Rey había sido,
ni a la merced señalada
que dél hizo a su marido.
Pues como el buen Rey le viese,
quedó del caso sentido,
juzgando por desacato
y desprecio conocido,
hallar en poder ajeno
don que propio suyo ha sido.

Y así a Fernando en secreto
tales palabras le dijo:
-«Confuso y maravillado
me tienes, Fernando amigo,
por dos causas que no puedes
desculparte si las digo;
la primera, que sin mi orden
enajenaste mi anillo;
la otra que más pondero
es el haberme mentido
en decir que a tu mujer
le diste, y tráele tu primo.
Mucho mejor te estuviera
Mostrárteme agradecido,
que con Jorge liberal,
y negarme lo que he visto,»

Fernando, que atento estaba,
duda si es sueño lo oído
y con el gran sentimiento
fuera quedó de sentido;
mas la razón de su pecho
le dio palabras y estilo.

Respondió: -«¡Rey poderoso
y natural señor mío!
Si la experiencia que tienes

de mis leales servicios,
y la que de tu clemencia
todo el mundo ha conocido,
pueden ahora valerme,
sola una merced te pido,
no que para mi descargo
me prestes atento oído
(aunque darle tal podría
que me bastase contigo,
mas porque así me conviene
al tiempo se lo remito,
que será de mi pureza
el verdadero testigo),
sino que me des licencia
de apercebir mi camino.»

El Rey se la dio, y al punto
se parte ya despedido,
mostrando aquella templança
que más cumple a su designio.
Pasa la puente del Tajo,
celebrado y dulce río,
llega a Orgaz villa nombrada
por el temple de los filos;
luego a Yébenes, que es pueblo
partido en dos señoríos;
de aquí vino a Malagón
la del refrán bien sabido;
después pasó a Guadiana,
silvestre y amargo río,
cuyas aguas son saladas
y el pescado desabrido,
dejando atrás los oteros
del funesto Peralvillo,
donde la horrible memoria
de los atroces delitos
vive en tristes cuerpos muertos
mostrando ejemplar castigo.

Poco más anduvo cuando
pasó este andante afligido
la antigua Ciudad Real,
lugar sano y bastecido
de süave y blanco pan,
dulces carnes y buen vino.

Prosiguiendo su viaje
para acabar su camino,
llegó a Almodóvar del Campo,
próspera de vellocinos
y de todo cuanto importa
al muy útil lanificio,
ricos campos ara y siembra,
y valles pace floridos.

Ya la gran Sierra Morena
muestra sus cerros erguidos,
abrigo del frío invierno,
sombra del ardiente estío,
y al fin regalo ordinario
de cualquiera peregrino.

Por aquí va, pues, Fernando
lanzando ardientes suspiros,
y era en el tiempo que Febo
de Aries había salido,
cuando la naturaleza
restaura lo que ha perdido,
al árbol vuelve la hoja
que le quitó el yerto frío,
y los prados reverdecen,
las mieses hacen lo mismo,
y los animales fieros
de amores andan heridos;
las aves en las florestas
fabrican sus dulces nidos,
los peces pueblan las aguas
de hijos no conocidos;
las solícitas abejas
con el blando susurrido
sacaban dulces licores
de romerales floridos;
el aire sano y templado
consolara a cualquier vivo,
sino a aquel a quien fortuna
tenía tanto ofendido.

Pasando por Adamuz
de muchos fue conocido,
aunque de pura tristeza
quiso pasar escondido.

Después que salió de allí
por el torcido camino,
vio desde un alto collado
el asiento esclarecido
de ti, Córdoba famosa,
de sabios ilustre nido,
y vio lo que Ptolomeo
para bien pintarte dijo:
tu cuerpo llano apacible
con admirable atavío;
tu cabeza que es la sierra
tocada de un paraíso;
tu cinta rica preciosa
es el caudaloso río;
y otros ricos ornamentos
y ropas de tu vestido
son las fértiles campañas,
las dehesas y baldíos,
frescas huertos y jardines
de naranjales y olivos.
Revolviendo en sí estas cosas
entre mil ansias metido,
entró por la Puerta nueva
y poco a poco se vino
cerca de Santa María,
donde estuvo detenido,
cobrando habla y semblante
para no mostrar indicio
por do en su casa se entienda
la causa que le ha traído.

Entró reportado en ella
donde con risueños gritos
fue con más demostraciones
que contento recibido.
Allí la indigna mujer
salva, sin estarlo, hizo
de mentirosos abrazos
y algunos besos fingidos;
maldice la ausencia larga
que tan molesta le ha sido.

¡Oh, mujeres las que errastes
el verdadero camino!
¿Cómo quedando engañadas
sabéis engañar contino,

y mostraros amorosas
al que habéis aborrecido?,
¿quién os enseñó el lenguaje
halagüeño y fementido,
y las blandas ceremonias
dejando el odio escondido?

Trato doble, que en los hombres
que lo sean no le ha habido,
ni los varoniles pechos
para siempre le han sabido;
que el odio o amor en ellos
fácilmente es entendido.
De tal suerte regalaba
al sospechoso marido
Beatriz, que casi luego
dudaba de lo creído.

La noche pasó, y el sueño
no fue dellos admitido;
que él trazaba la venganza
y ella encubrir su delito.
Ya el sol las cumbres doraba
con su resplandor divino,
cuando se sale Fernando
de aquel lecho aborrecido.

Del aciago aposento
apenas hubo salido,
cuando le apartó en secreto
su leal siervo Rodrigo.
Éste era un gentil esclavo
que en su casa había nacido
de una cautiva africana
y padre no conocido;
el cual dio entera noticia
de todo lo sucedido,
mostrando aquel sentimiento
que al triste cuento convino.
Mandósele que callase
lo que había referido,

Fernando tiempla su furia,
aunque el dolor es crecido,
esperando coyuntura
que más haga a su partido;

que no es poca valentía
disimular con aviso,
cuando la satisfacción
no es decente al ofendido.

Como el cazador astuto
cuando a la red le ha venido
alguna simple avecilla,
que la deza sin rüido,
hasta que llegue la banda
que por el aire ha sentido,
así pasó mes y medio
hasta que el fatal destino,
trujo a Jorge de Toledo
para pagar lo debido.

También su hermano Fernando
de Sevilla entonces vino,
sólo por ver a don Jorge
de quien era muy querido
y él también le corresponde
como hermano y como amigo,
porque hermandad tan conforme
nunca en la tierra se vido;
semejantes en los rostros,
de un tamaño, talle y brío,
en la habla se imitaban
y en el uso del vestido;
ambos son comendadores
en un planeta nacidos,
pues la vida y condiciones
de aquesto fueron testigos,
y sus muertes desastradas
dieron muestra de lo mismo.

ROMANCE CUARTO

Luego, pues, que el Venticuatro
vio el negocio bien urdido,
sin perder hora ni punto
trató de cortar el hilo.
Y porque las dilaciones
dañan al apercebido,

convidó a comer un día
los hermanos sobredichos,
para ver por las señales
confirmación de lo oído
y justificar con ellas
la aspereza del castigo.

Todo lo cual a la mesa
muy fácilmente lo vido,
porque hubo quien estuviere
del manjar tan divertido,
que de la mano a la boca
erraba el cierto camino.
Fernando disimulaba,
y después de haber comido
mandó apresta[r] cazadores
para el usado ejercicio,
porque se quiere ir a monte
por cuatro días o cinco,
a un bosque de allí dos leguas,
fragoso y envejecido,
inculto y bravo era entonces,
ahora está reducido
a un gran pago de heredades,
que Trassierra es su apellido.
Jorge y Beatriz desta nueva
sintieron tal regocijo,
que un buen letor en sus ojos
lo pudiera ver escrito.

La casa de dentro y fuera
resonaba con bullicio,
los criados fervorosos
traen viandas, pan y vino,
y enfundan los almofrexes
con el regalado lino,
los caballos en el patio
daban soberbios relinchos,
los ventores de traílla
saltaban dando ladridos.
Todo estaba puesto a punto
y Fernando iba vestido
de verde, que presto espera
verlo en rojo convertido.

Por la Puerta del Rincón

sale de muchos seguido,
en un gallardo caballo
de color rucio tordillo;
con él van sus convidados,
mas luego se han despedido
que él se fue hacia la Merced,
y ellos en casa el Obispo.
Risueños van y contentos
de la suerte que han tenido,
Jorge le dice a Fernando:

-«Paréceme, hermano mío,
que esta venturosa noche
os sirváis de iros conmigo,
porque si el comunicalle
hace el placer más cumplido,
no es poco lo que intereso
de la gloria que consigo,
dando parte de mi bien
a un hermano tan querido.
Ya sabéis que donde amo
soy muy bien correspondido,
y la ocasión deseada
que a las manos me ha venido,
juntos quiero que gocemos
el premio de mis servicios.
Yo estaré con mi señora
vos, señor, haréis lo mismo,
con la que es su secretaria
de quien sé que sois querido.
Ya vos sabéis que no es fea
ni para echar en olvido,
y con los dos sólo vaya
mi camarero Galindo.»

-Dejemos este concierto
o desconcierto perdido,
y volvamos a Fernando
que ya dejaba el camino.
Su gente mandó ir delante,
si no fue solo a Rodrigo;
el sol su cara escondía
cuando se quedó escondido
en un olivar espeso
donde estuvo sin ser visto,
esperando el punto y hora

de ejecutar el castigo.

Apeóse del caballo
y recostóse afligido
entre unas ocultas matas,
de tormentos perseguido;
graves cuidados le cercan
y así hablaba consigo:
-«¡Oh, falsa indigna mujer
que a tal tiempo me has traído,
sin que te diese ocasión
para haberme así ofendido,
ni para que despreciases
lo mucho que te he querido!
Y caso que por ventura
te fuera indigno marido,
degenerar no debieras
de tu sangre y apellido,
y el lustre que en sus matronas
contino ha resplandecido.

¡Oh, Ulixes Griego dichoso
entre cuantos han nacido,
pues tras el largo destierro
y trabajo tan prolijo,
por lo cual por mar y tierra
te llamaron el sufrido,
hallaste el tálamo casto
por más que fue combatido,
y de Penelope siendo
casi por muerto tenido,
fuiste como tal llorado
y esperado como vivo!
¡Cielo, tú que eres ahora
de mis agravios testigo,
y mueves tus influencias
sobre este mundo mezquino,
no quieras que culpa ajena
prevalezca en daño mío!
¡Favorece mis intentos
que justos son, yo lo fío,
y si allá tienes dispuesto
por algún hado preciso
que yo alcance vitoria
de mis fieros enemigos,
ésta mi vida a lo menos

ofreceré en sacrificio!
Y tú, mudable fortuna,
que me tienes oprimido
pudiste con fuerza esquivar
darme el afán en que vivo,
pero no podrás privarme
del poder en que restribo,
de hacer lo que fuere en mí
en la demanda que sigo.»

La sombrosa noche estaba
en medio de su camino;
callaban montes y valles,
los pueblos hacen lo mismo;
el dulce sueño profundo
daba sosiego y olvido
al humano entendimiento,
de cuidados perseguido,
y a los trabajados miembros
en diversos ejercicios,
cuando deja el verde lecho
el caballero afligido.

Toma la rienda en la mano
poniendo el pie en el estribo,
y puesto sobre la silla
para Córdoba se vino.
Llegado, deja el caballo
encerrado en un molino;
apriesa llega a los muros
por buscar algún portillo;
hallále y entró por él
sin ser de nadie sentido.

No encontró ronda en la calle
ni menos hombre nacido,
todo estaba en un silencio
de ninguno interrumpido;
hasta los canes caseros
no dan molestos ladridos,
que a los hurtos amorosos
son mortales enemigos.

Llega a su casa Fernando
por un lugar escondido,
y de su esclavo ayudado

en cierta pared subido,
espera que también suba,
y así le lleva consigo.
Fueron a dar a la sala
donde estaban repartidos
los tristes Comendadores
torpemente entretenidos,
con luz y mucho sosiego
de su daño inadvertidos.

Fernando da un salto dentro;
deja a la puerta a Rodrigo;
la espada lleva desnuda,
y él va de esfuerzo vestido.
Arremete con gran furia
contra el lecho bien sabido.
Jorge, medio sin acuerdo,
asíó su espada al proviso;
Fernando cierra con él
después de haberle herido
de un terrible tajo abierto
cerca del siniestro oído,
y dióle tres puñaladas
que al alma fueron postigo.

Andaba el triste bascando
el cuerpo en tierra caído,
celebrando con el alma
el divorcio tan temido,
con sangre y dolor inmenso
y mal formado gemido,
cuando su hermano que estaba
en un retrete metido,
sintió que Ana le llamaba,
diciéndole: -«Señor mío,
despertad y veréis claro
que todos somos perdidos.»
-«¿Cómo así -dijo-, esto pasa?»,
y saltó despavorido;
Fernando le embiste luego
y con denuedo atrevido
le hizo igual a su hermano
en la muerte y el castigo.

Ana imploraba clemencia
pero poco le ha valido,

que allí pagó con la vida
la culpa del mal servicio.
Beatriz estaba a estas cosas
presente, mas no las vido,
porque un desmayo mortal
causado de un temor frío,
le suspendió las potencias
y privó de los sentidos.
Por lo cual fue por entonces
su amargo fin diferido,
para que más dolor sienta
al pagar lo merecido.

En un rincón de la sala
hubo señal de ruido,
y fue que Galindo estaba
detrás de un cofre metido,
el cual ya de puro miedo
aun no osó estar escondido.
Y mas porque el presentarse
desagrava los delitos,
así postrado por tierra
a tal razón dio principio:

-«Valeroso caballero,
templad la furia conmigo,
y alzad de mí la venganza
pues yo nunca os he ofendido,
en obra ni en pensamiento
como está claro y sabido.
Ya sabéis de los que sirven
a cuánto están atenedos
y que si entré en vuestra casa,
fui por fuerza compelido,
habiéndolo rehusado
cuanto en mi mano había sido;
que si a mi disposición
usara del tiempo mío,
cuánto mejor estuviera
en mi reposo dormido
que de pecados ajenos
hecho guarda ni testigo?
Fernando de piedad
estaba casi movido,
y preguntóle a su esclavo:
-«¿Qué te parece, Rodrigo?»»

Respondió: -«Señor, los menos
vivan de los enemigos.»
Y así fue este suplicante
también pasado a cuchillo.
Toda la gente de casa
despierta acudió al ruido,
y sabida la ocasión
casi pierden los sentidos.
Unos torciendo las manos,
otros dando recios gritos,
otros buscan y no hallan
algún seguro escondrijo,
y andan como los que fueron
de tarantola mordidos.

Fernando determinado
en su cólera encendido,
siguió la justa venganza
desde el mayor al más chico.
Mató escuderos, porteros,
dueñas, mozas de servicio,
a mecánicos criados,
pajes de falda pulidos,
porque todos consintieron
el adulterio malino,
prospuesta fidelidad
por interés corrompidos.

ROMANCE QUINTO

El alba se levantaba
de su lecho cristalino,
y sus rosadas mejillas
mostraban color distinto
en todo lo que la noche
tuvo en uno confundido,
cuando Beatriz en sí vuelve,
y recupera el sentido.

Volviendo el rostro turbado
al indignado marido,
vio las funestas señales

de su morir ya vecino.
Viole de sangre cubierto,
y de cólera encendido,
horrible ceño y semblante
con el color amarillo.
Bajó los ojos al suelo
temerosa de lo visto,
y vio el destrozo sangriento,
para dolor más esquivo,
sintiendo los graves males
de que ella causa había sido.

Cuajósele allí la sangre,
quedó el cuerpo helado y frío,
los labios se le secaron,
los ojos hacen lo mismo,
el licor faltaba al llanto
y el aliento a los suspiros;
porque la pena rabiosa
cerró todos los caminos
que a los tristes lastimados
suelen ser de algún alivio;
la lengua sola probaba
a defender su partido,
aunque la culpa y el miedo
la privaban del oficio.

Tres veces quiso hablar
y otras tantas perdió el tino;
la voz salió sin efecto
formando un ronco sonido;
y a la cuarta como pudo
dijo con tono tardío
la desdichada señora
estas palabras que escribo:
-«Pues mi yerro es sin disculpa,
de remedio desconfío;
yo conozco que es tan fea
la maldad que he cometido,
que si perdón te pidiese,
oh, Fernando señor mío,
será acrecentar tu saña,
y haberte más ofendido.

Justo es que mi cuerpo pague
la traición torpe que hizo,

pues fue siervo de la pena
cuando se rindió al delito.
Satisfágate mi muerte
de lo que mal he vivido;
tú lavarás con mi sangre
tu agravio y mi desvarío,
y yo saldré de la deuda
de tal caso y tal marido.
Sólo para arrepentirme
en breve tiempo te pido,
confesaré mis pecados
con doloroso gemido,
que si mi ánima se salva
todo es poco lo perdido;
y si acaso por ser mía
también la has aborrecido,
debes por fuerza estimalla
porque Dios la ha redemido.»

Tal eficacia tuvieron
estas palabras que dijo,
que sacaron tierno llanto
de aquel pecho endurecido,
porque no puede el que es noble
ser de pasión tan vencido,
que no acuda blandamente
a lo justo y bien pedido.
Un clérigo fue llamado
y aunque se halló afligido
de ver quince cuerpos muertos,
dio a Beatriz atento oído;
la cual dijo a Dios sus culpas
con ánimo muy contrito,
como quien para dar cuenta
estaba tan de camino.
El confesor la absolvió
devoto y enternecido,
y así a los pies de Fernando
de gran compasión movido,
después de algunos ejemplos
que luego le han ocurrido,
dijo: -«¡Por Dios poderoso
y Jesucristo su hijo!
Católico caballero,
que moderéis el castigo,
y con los que tenéis muertos

cese el rigor nunca oído.
Beatriz vaya a un monasterio
tan secreto y escondido,
que todos piensen que es muerta
y allí haga a Dios servicio.»
-«Padre, respondió Fernando,
muy bien estoy con lo dicho,
y pues a cada cual toca
hacer su debido oficio,
vos habláis conforme al vuestro,
yo haré conforme al mío.»

Diciendo tales palabras
al parecer muy sin brío
entraba por su aposento
de honor y fuerza movido,
más que por propia pasión
y deseo vengativo.
Ya doña Beatriz tenía
el blanco cuello tendido,
cuando de congojas lleno
el lastimado marido
se le cortó todo a cercen,
restaurando lo perdido.

Esto hecho, fuese a Francia,
mas siendo del Rey sabido
que era el católico Marte,
don Fernando esclarecido,
le perdonó llanamente,
antes de serle pedido;
mandóle volver a España,
y así fue restituido
a su patria, donde fue
con aplauso recebido.
Después le fue mujer digna
(porque no tenía hijos),
doña Constanza de Haro,
cuyo valor conocido
tras el extremo contrario
fue en mayor precio tenido.